

214

F2128

1114

CARTA PASTORAL.

CARTA PASTORAL

CARTA PASTORAL

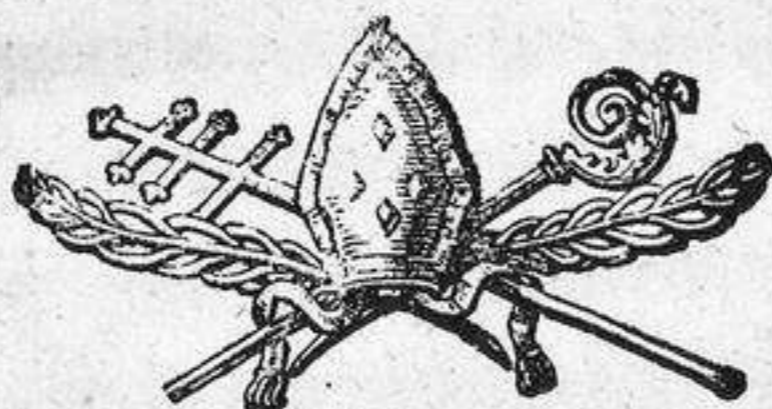
QUE

EL EXCMO. E ILLMO. SEÑOR

D. JOSE LUIS MONTAGUT,

OBISPO DE OVIEDO

DIRIGE A SUS DIOCESANOS DESPUES DE SU VIAJE
A LA CIUDAD ETERNA,
CON MOTIVO DEL DECIMO OCTAVO CENTENARIO DEL MARTIRIO
DE LOS SANTOS APOSTOLES S. PEDRO Y S. PABLO.



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE BRID Y REGADERA,

calle Canónica, núm. 18.

—
1867.



CAJETA PASTORAL

DE

EL EXCMO. E. ILMO. SR. D.

D. JOSE LUIS MONTAGUT

ORIBO DE OVIEDO

DIREGE A SUS DIOCESANOS DESPUES DE SU VTALE

ALA CIUDAD DE OVIEDO

CON MOTIVO DEL DECIMO OCTAVO CENTENARIO DEL MANTENIMIENTO

DE LOS SANTOS APOTOLAS S. PEDRO Y S. PABLO



OVIEDO:

A LIMA Y LIT. DE BRID Y PARRAMAY

Calle Capuchinos, num. 14

1887



NOS EL DR. D. JOSE LUIS MONTAGUT,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO
DE OVIEDO, PRELADO ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO,
CONDE DE NOREÑA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN
AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, DEL CONSEJO DE S. M., & &

Al venerable Dean y Cabildo Catedral, Colegial de Covadonga,
respetable Clero Catedral, Colegial y Parroquial, Religiosas en
clausura y fieles todos de esta Diócesis, salud y bendicion en
Nuestro Señor Jesucristo.

YA entre vosotros de regreso de la Ciudad Eterna,
donde ni un instante tuvimos separado el pensa-
miento de nuestra muy amada Diócesis, sentimos
hoy la imperiosa ley de un deber en daros cuenta
y haceros participantes de las satisfacciones y gozo
plenísimo que hemos experimentado durante los

dias de nuestra peregrinacion y estancia en Roma, á donde fuimos sin mirar al estado de nuestra delicada salud, ávido de recibir y proporcionarnos la Santa Bendicion del Maestro Universal, del bondadoso depositario de las verdades mas augustas, y de las promesas mas consoladoras, del actual sucesor de S. Pedro, del Vicario de Jesu-Cristo Nuestro Santísimo Padre Papa Pio IX.

El alma teníamos angustiada al contemplar el curso de los sucesos, que agitan al mundo, y amenazan pavorosamente el porvenir: nos oprimia la mas profunda pena, cuando poniendo los ojos sobre el espectáculo que ofrece el cuadro de la humanidad en los tiempos presentes, veíamos tantos corazones flacos en la fé, arrastrados por el error y los goces del sensualismo, dispuestos á emanciparse de toda autoridad, y á prescindir hasta de las sencillas nociones de lo justo y de lo bueno. Abismado estábamos en estas tristes meditaciones, cuando llegó á nuestras manos la carta del Emmo. y Rmo. Cardenal Prefecto del Concilio, por la que el Gerarca Supremo de los fieles, la Cabeza de la Iglesia Universal, el esclarecido Pio IX, el elegido por Dios en este siglo de tantos extravíos para hacer patente que una invisible

mano protege y prepara los triunfos de la Iglesia Católica, Nos invitó, como á todos los Obispos del Orbe Católico, á tomar parte en la solemnidad del décimo octavo aniversario del martirio glorioso de los Príncipes de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y canonización de varios heróicos soldados de la fé de Jesús. Desde el momento que esa paternal voz, anunciando tan fausta nueva en las regiones mas remotas, resonó en nuestro corazon, acordamos hacer cuanto nos fuera dable para vencer las dificultades que obstasen á nuestra resolución de responder á tan tierna invitación, y hoy bendecimos á la Divina Providencia; porque realizado ya nuestro deseo, hemos recibido en nuestro corazon grandes y singulares consuelos.

Hemos visto por la primera vez á Roma, á esa Ciudad señalada en el camino de los destinos, como elegida por Dios para las cosas mas sublimes, y hemos experimentado allí emociones muy tiernas, y nuestro corazon le hemos sentido dilatarse á impulsos de un gozo el mas extraordinario y que hasta ahora nos era desconocido: hemos visitado la gran Basílica de S. Pedro, la Catedral del mundo Católico, y hemos sentido la viveza del

mas puro entusiasmo : nos hemos acercado al sepulcro de los Santos Apóstoles , cabe el cual hemos orado por vosotros y nos hemos visto penetrado del mas santo respeto : hemos asistido á grandiosas solemnidades , y hemos tomado parte en la augusta ceremonia que ha inscrito en el catálogo de los justos ciertos varones eminentes en virtud , quedando fortalecido nuestro ánimo con la mas profunda conviccion del triunfo definitivo que espera á la Iglesia á pesar de tantos y tan rudos combates. Tanta ha sido la pompa , tan esplendorosa la grandeza con que esa doble solemnidad se ha celebrado , que todavia se conmueve nuestro corazon á impulsos del mas puro júbilo con solo el precioso recuerdo de las cosas que hemos visto , oido y admirado , y que inmortalizarán el Pontificado por tantos títulos ya gloriosísimo del incomparable Pio IX.

Vamos á daros un sucinto relato de todo nuestro viaje , deteniéndonos á hacer algunas observaciones , que prestarán abundante materia á vuestras piadosas reflexiones.

Resuelto estábamos á dirigirnos por Francia é Italia , haciendo la travesía por tierra á vista del estado de nuestra salud que nos hacía temer las

penalidades de la navegacion ; pero ya en Barcelona no pudimos menos de ceder á la palabra persuasiva de tantos hermanos en el Episcopado que nos honran con su especial amistad, y con cuyas exhortaciones animado resolvimos negarnos á nos mismo para seguir la voluntad de Dios en la de aquellos que nos edificaban con su ejemplo , colocándose de un modo tan completo y absoluto bajo el cuidado de la Divina Providencia.

Veinte y cinco eran los Prelados españoles que despues de haber dejado sus sillas , conmovidos por la tierna despedida de sus respectivos Diocesanos , afluyeron á Barcelona que les recibe y hospeda con las consideraciones de que acostumbra á rodear á los Príncipes de la Iglesia una poblacion tan eminentemente católica como lo es la capital del Principado ; pero donde acreditó más y más sus elevados sentimientos Católicos, fué en la escena edificante y tierna que tuvo lugar á la salida de los mismos de la ciudad y embarque en el vapor de guerra *S. Quintin*.

El solemne aparato con que se celebró antes del embarque el Santo Sacrificio de la Misa, la severa é imponente arquitectura del templo , donde estaban reunidos tantos mitrados , habian preparado

el corazón para recibir los dulces sentimientos de la ceremonia religiosa que precedió á la hora del embarque, efectuado en la tarde del 11 del último Junio. La procesion que se ordenó en Santa María del Mar, poco antes de esa hora, entonó las letanias, y se dirigió al muelle avanzando con dificultad á causa del pueblo numeroso que obstruia el paso en su ferviente y piadoso deseo de besar las manos y vestiduras de los Príncipes de la Iglesia.

Llegada la procesion al muelle se despiden de los Prelados las celosas Autoridades y el Clero de Barcelona, y mientras aquellos ocupan las bellas falúas que les conducen al vapor, la guardia de honor presenta las armas, la música hace oír sus ecos armoniosos, y millares de espectadores que ocupan las murallas, las azoteas de las casas circunvecinas al muelle y los puentes de los buques que fondean en el puerto, tienen fija su vista en este tierno acto. Entre los ecos de los vivas de las tripulaciones de los buques de guerra y de los hijos del Principado que en lanchas acompañan á los Prelados, llegaron al vapor, donde son recibidos con todas las consideraciones del mas distinguido respeto. Magestuoso é imponente fué

aquel momento en que el *San Quintin*, levantado sus anclas, empezó alejarse de aquellas playas.

Cumplimos aquí muy gustoso un deber de gratitud, consignando por nuestra parte nuestro profundo reconocimiento hácia nuestra Reina, que al ofrecer con tan benévola solicitud un buque del Estado, no solo ha honrado al Episcopado Español, si que tambien ha correspondido á su distinguido renombre de Reina Católica.

Visible fué la proteccion dispensada por la Divina providencia á los Prelados durante su estancia á bordo del *S. Quintin*; por esto nuestra primera atencion al poner la planta en tierra de los Estados Pontificios, fué dar todos reunidos gracias al Señor, oyendo el Santo Sacrificio de la Misa que á este fin se celebró en la Santa Iglesia Catedral, trasladándonos desde allí al Palacio Pontificio, donde el Episcopado Español empezó á ser objeto de la paternal solicitud de Su Santidad, en los obsequios que nos dispensó Monseñor el Ablegado del Santo Padre. Conducidos á la estacion del ferro-carril en los carruajes que generosamente facilitó el Sr. Cónsul de nuestra pátria en Civita-Vechia, tomamos asiento en el tren es-

pecial que por disposicion del Excmo. Sr. D. José Salamanca nos estaba preparado.

Profunda y grata fué la impresion que experimentamos al divisar el horizonte de Roma. El pasado, el presente y el porvenir sublimemente enlazados en esa ciudad, compendio de todas las edades de la historia, se presentaron á nuestra mente, y sobre las magníficas ruinas de la grandeza material del imperio romano, contemplamos con alegre satisfaccion á Roma levantada sobre el pedestal indestructible de la grandeza católica. Teníamos delante de nuestros ojos la majestad y maravillas de la grandeza pagana abrumada, destruida y dominada por la majestad y los prodigios de la grandeza de la Iglesia. Al elevar la mente á tales consideraciones nos detuvimos á admirar los portentos de esa grandeza que ennoblece hoy á la ciudad de Roma. No, no es la grandeza que tiene asiento en Roma la que se funda y crece con la fuerza, esparciendo cadáveres y devastando ciudades y campos; es la grandeza producto de la verdad y del amor, es el suave imperio de Cristo que rige el alma, que dicta leyes al pensamiento, pone diques al deseo, gobierna la inteligencia, la voluntad y el alvedrio sin otra espada que la

palabra persuasiva. ¡Oh asombrosa y única grandeza!

Sumido en estos pensamientos nos acercamos á Roma, donde entre todo cuanto por su grandeza y esplendor atrajo desde luego nuestra justa admiracion, fué la célebre Basílica de S. Pedro que sobre la ciudad descuella, y al mirar esa inmensa mole tan majestuosa y sublime como la religion que le dió el ser, ese magnífico templo levantado por el Catolicismo como arco de triunfo sobre la Roma pagana, nos dijimos: alli bajo aquella gigante cúpula que la corona: alli bajo aquella singular maravilla que concibió el inmortal Bramonte tan felizmente como la ejecutó Miguel Angel: allí reposan las venerandas cenizas de las lumberras de la Iglesia, de los protectores de Roma, del mundo Católico, y del Pontificado; las cenizas de los Bienaventurados Príncipes de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, cuyo glorioso martirio venimos de tan lejos á commemorar. Desde aquel momento fué nuestro preferente pensamiento visitar lo primero y antes que todo, lo que encerraba el objeto principal de nuestra peregrinacion.

Bien pronto cumplimos este vehemente deseo

de nuestro corazón, apresurándonos á prosternar nuestra frente ante el sepulcro de S. Pedro, objeto de la especial veneración de millares de peregrinos agrupados allí y venidos de todas las regiones del mundo. Parece que allí se oye el eco suave del primer vicario de Jesucristo que fortalece el alma: allí parece como que esta comprende de un modo particular la fuerza insuperable del catolicismo y el designio de Dios que ha establecido conservarle hasta la consumación de los siglos. Entonces se agolparon á nuestra mente el estado presente del mundo civilizado, los fuertes sacudimientos que con tanta frecuencia se suceden, el continuo flujo y reflujo de sistemas que caminan con planta incierta en la noche lóbrega de la duda, los errores del siglo que se revisten de mil formas, el antagonismo de los partidos, los cambios trascendentales que se realizan, y la relación que estas situaciones peligrosas y violentas tienen con el catolicismo. Todo cuanto tiende á combatir y destruir el edificio místico de la religión divina á quien tan inestimables beneficios debe la humanidad, angustió por el momento nuestra alma; pero al contemplar el sepulcro de los esclarecidos Maestros de la verdad nos parecía oír á Pedro que fortaleciendo nos

decia: "la verdad será permanente hasta la consumacion de los siglos, el depósito de la fé que nosotros recibimos de nuestro adorable Jesus se conservará siempre intacto é inmutable; porque está confiado á una autoridad que no murió con nosotros, y que dirigida por el Espíritu de verdad, no puede ser maestro del error, vosotros que sois en la Iglesia los centinelas avanzados de la fé vigilad para que el hombre enemigo no derrame la cizaña del error que siembra para ahogar el trigo del divino Evangelio." Tambien nos parecia oir la voz enérgica del Apostol de las Gentes, como si nos repitiera aquellas palabras á los fieles de Corinto: "Os ruego, hermanos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que todos digais lo mismo y que no haya divisiones entre Vosotros." Palabras que dijera S. Pablo recomendando la unidad de la fé que es en el órden establecido por el divino Maestro el fundamento indestructible, la condicion esencial, el principio de fuerza de esa doctrina que el cuerpo de Pastores unidos á su cabeza, el Soberano Pontifice deben enseñar. Todas estas ideas que se apoderaron de nuestro espíritu, nos hicieron sentir una fuerte y profunda conviccion de que la Iglesia de Dios está sentada sobre

un cimiento inquebrantable, y que si bien las dificultades pueden acrecentarse y multiplicarse los peligros, ella resistirá siempre vigorosa; porque está apoyada en esa constante proteccion que la Providencia la dispensa, y en bases poderosas de estabilidad ordenadas por la Sabiduría eterna para que pueda resistir al través de las vicisitudes del mundo. Inclinado pues en oracion sobre el sepulcro rogamos á los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo interpusieran el poder de su intercesion para que nuestra patria y sobre todo nuestra muy amado Diócesis de Oviedo vivan siempre bajo el escudo de esa fé, y firmes en ella rechacen los atractivos de toda novedad. Tales fueron nuestras impresiones é ideas en esos momentos que vivirán perpetuamente en nuestra memoria.

Cumplido ya nuestro primer deseo con nuestra visita al Sepulcro de los Santos Apóstoles, floron el mas bello que enriquece á Roma, despues que invocando la intercesion de los Bienaventurados Pedro y Pablo hubimos pedido al Señor la gracia y bendicion para todos y cada uno de nuestros amados Diocesanos, anhelamos muy ardientemente presentarnos á nuestro Santísimo Padre, al sucesor actual del Príncipe de los Após-

toles para expresarle á nombre de nuestro venerable Cabildo Catedral, del Clero y fieles todos del Obispado de Asturias, los mas vivos sentimientos de adhesion y respeto, deseo que tuvimos luego la satisfacion de gozar. Vimos y oimos por la primera vez al insigne y preclaro Pontífice cuya vida está intimamente enlazada con los gravísimos acontecimientos sociales y políticos del mundo, y fuimos objeto de su boudad y dulzura, vimos resplandecer en su simpático semblante su viva fé, admiramos su grandeza y recibimos conmovido su Apostólica bendicion que le pedimos y nos concedió con sonrisa angelical para toda nuestra muy querida Diócesis. Nós sentimos los efectos de ella en el puro gozo que inundó nuestro corazon y en la nueva fuerza que se comunicó á nuestro espíritu. Vimos y oimos al mas respetable y amado de los Pontífices, al inerme anciano que con su tranquila confianza, con su magestad de Vicario de Jesucristo y su constancia y valor, desconcierta los planes de los enemigos de la Iglesia y resiste la mas cruda guerra contra todos los vicios y todos los errores.

Y este honor de admirar su noble figura le hemos tenido una y otra vez; le vimos entre el sorprendente aparato desplegado en la pro-

cesion del Córpus con su mirada tiernamente fija en el cuerpo adorable de Jesús, reflejando en su semblante los puros destellos de su fé, del amor y de la intimidad de su trato con aquel Dios que tan visiblemente le protege y da fuerza, vimos brillar su dulce magestad en el dia memorable del aniversario décimo octavo del martirio de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo cuya solemnidad se celebró con una magnificencia indescriptible.

La inmensa nave y gigantesca cúpula serpeada por todas partes de luces brillantes y decoradas con un gusto que realzaba las bellas formas de su elegante arquitectura, presentaban un espectáculo deslumbrador. Era grandioso contemplar aquel cuadro que ofrecian quinientos Prelados entre Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos agrupados en derredor del Vicario de Jesu-Cristo, y aquel número inmenso de fieles procedentes de todos los pueblos, principalmente de Europa, que revelaban la mas profunda alegría, y cuyas miradas buscaban con ansiedad en medio de tanta grandeza al objeto de todos sus afectos, al Santo Padre. Imponente y tierno fué aquel acto en que despues de haber invocado al

Espíritu Santo , se cantaron las letanías y el *Veni Creator* en que tomaron parte millares de personas que llenaban las inmensas naves del templo, presentándose á nuestros ojos un espectáculo del todo grande y conmovedor , cuando el inmortal Pio IX elevó su voz simpática y sonora, y pronunció como Juez infalible su sentencia , declarando dignos de recibir el honor del culto á los héroes de la Religion , cuya ceremonia de canonizacion se celebraba.

Torrentes de consuelo y de gozo inefables deramándose en nuestro corazon, avivaron nuestro fervor y fortalecieron nuestras convicciones sobre el triunfo completo de la Iglesia , cuando en el ofertorio de la Misa de esta inimitable solemnidad oimos el eco armonioso y encantador de aquellas trescientas voces que repetian al orbe católico representado en tan augusta ceremonia aquellas palabras tan consoladoras de Jesus: "Tu eres Pedro y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

En la memorable alocucion que su Santidad habia dirigido al Episcopado cuatro dias antes, ya oyéramos de los autorizados y paternales lábios

del Santo Padre esas palabras de divina promesa, exhortándonos á vivir unidos entre sí y con *Él* que es la cabeza de la Iglesia. Ese gran Pontífice que cercado de peligros y envuelto en los horrores de la tempestad, contempla tranquilo el porvenir, nos encargaba en ese Consistorio del 26 de Junio, ser solícitos en cumplir la Santa Ley del Evangelio, ejercitándonos en los dulces encantos de la Santa dilección hasta conseguir unir en esta concordia universal á todos aquellos cuya guarda nos ha sido encomendada. ¿Y sabeis por qué habló así? Porque la caridad de los fieles entre sí y la union á sus respectivos Pastores, con la de éstos á la cabeza visible, son los dos elementos de estabilidad y fuerza indestructibles, las dos robustas palancas que fortalecen y dan prodigiosa resistencia al Catolicismo sostenido vigorosamente á pesar de los trastornos sociales. El valor desusado que hace que los Apóstoles arrosten peligros, sufran tormentos y toleren la muerte antes que hacer traición á sus deberes, procede de ese amor que les transforma en hombres nuevos, y ese fuego sagrado conservado siempre en el seno del Catolicismo, es el vínculo que puede preservar á la Iglesia de la apostasía y de la funesta indiferencia. No lo du-

deis : el amor es el muro de bronce que defiende el robusto alcázar del Catolicismo , y de aquel recibe este una gran parte de la fuerza que ha ostentado en todos los siglos. Abrazados á los Santos principios de la caridad, no temais los sacudimientos sociales ; la Iglesia ha atravesado magestuosamente los siglos siempre fuerte é inalterable en esa doctrina fundada en los divinos oráculos, en esa doctrina que profesaron los Apóstoles , que enseñaron los Padres , y han transmitido los doctores de los demas siglos con una uniformidad que ha sido y es la prueba incontestable de su fuerza. Por nuestra parte , animado de ese espíritu y de ese amor á la verdad Católica , resuelto estamos á trabajar sin tregua ni descanso para sostener con todas nuestras fuerzas esa doctrina de vida y de salud cuya guarda entre vosotros nos ha sido encomendada. Decidido estamos á obrar en completa conformidad con ese documento, por el que asociado á los quinientos Prelados reunidos en la Ciudad Eterna hemos testificado ante el mundo entero nuestro amor , nuestra fidelidad , nuestra adhesion á la Cátedra de Pedro. Aun nos parece oír aquella voz llena de gracia y magestad con que el Padre comun de los fieles nos ha recomendado en ple-

no Consistorio la union entre sí y con la Sede Apostólica, para oponerse á los designios de los impíos, reparar los desastres sufridos por la Iglesia y arraigar más y más su vitalidad y su fuerza. ¡Con cuánta razon y verdad decia conmovido en esos momentos tan solemnes! ”Todas las cosas que tenemos á la vista nos hablan de la unidad de la Iglesia Católica, de la base indestructible de la unidad.” Quinientos Prelados oyeron sus palabras, é identificados en un mismo pensamiento, demostraron que el Catolicismo en los tiempos presentes sigue descansado en la solidísima base de la unidad.

Los sectarios del error obedecen al impulso de diversas circunstancias, y siguen opuestos rumbos sin ponerse jamás de acuerdo en la mayor parte de las cuestiones que se proponen resolver; pero al frente de este cuadro que no es difícil calificar, contemplad el notable contraste que ofrecen tantos Prelados irradiando al través de sus canas los destellos del saber, y con los vínculos mas estrechos de union entre sí y al sucesor de Pedro, presentar la mejor salvaguardia de los intereses sagrados que les están confiados, garantiéndonos con esa fuerte unidad el triunfo que alcanzará la Religion en me-

dio de los tiempos calamitosos que atravesamos. Asi es como con esa union perfecta de los Pastores y los fieles á la cabeza visible, ha resistido siempre la Iglesia á los repetidos golpes de sus mas poderosos enemigos. Desde los tiempos Apostólicos fué acatado el grande privilegio de Pedro, la sublime distincion por la que entre los Prelados se le considera investido de la dignidad de Jefe Supremo para que se conserve en la Iglesia el órden que es prenda de su estabilidad. La Iglesia, lejos de oponer resistencia al ejercicio de esa autoridad, deja oír en todas partes y en todos tiempos el sentimiento unánime de respeto y acatamiento á Pedro y á sus sucesores, reconoce la superioridad de la Silla primacial establecida por el Príncipe de los Apóstoles en la Ciudad de Roma, y una tradicion no interrumpida nos presenta al Supremo Apostolado de Pedro recibiendo los homenajes del pueblo Cristiano. De esta manera el cuerpo de la Iglesia enlazado maravillosamente en todas sus partes, está robustecido por el sucesor de Pedro que es la raiz y el origen de la unidad, formando por medio de esta una organizacion indestructible.

Mas como no se omiten medios para turbar la posesion de este derecho; como sin cesar se formu-

lan sistemas para arreglar de un modo arbitrario las relaciones del primer Pastor con los demás que le deben respetuosa obediencia; como se hacen esfuerzos para aflojar tan fuerte vínculo de comunicacion; no obstante que jamás conseguirán los enemigos de la Silla de Pedro encadenar su bienhechora influencia, es deber de todos los Pastores y de todos los fieles estrechar más y más el lazo de unidad al sucesor de Pedro, para resistir de un modo vigoroso los repetidos golpes de los adversarios de la fé.

Por esto el Santo Padre en la alocucion á que nos hemos referido, dirigió al Episcopado estas memorables palabras: "Venerables hermanos, cuanto mas unidos esteis á la piedra angular del edificio místico con los lazos de la fé, de la ternura y del amor, mas fuertes os sentireis con esa fuerza y ese valor que exige la grandeza de nuestro cargo para resistir las asechanzas del enemigo y las adversidades de la fortuna." Ya sabeis cómo á la faz del mundo Católico hemos tributado con todos nuestros hermanos homenaje de adhesion á la Santa Sede Apostólica y hemos expresado nuestra firme é inalterable union á la Cátedra de S. Pedro; mas deseamos y queremos ante nuestros amados Dioce-

sanos hacer igual protesta, y declarar en medio de las dificultades aterradoras que se van sucediendo, que nada estimamos tanto como vivir unidos á la piedra sobre la que está levantado el edificio de la Iglesia con tal solidéz, que contra ella jamás prevalecerán las puertas del infierno; queremos dejar consignado que para nos, nada es tan grato como reconocer la autoridad de Pedro, á la que en el órden espiritual todo está subordinado; porque no pertenece al cuerpo de Cristo lo que no está unido á la cabeza visible de la Iglesia, y donde no influye ese principio vivificador, solo se encuentra muerte. Cierto que los Pastores ejercemos una jurisdiccion propia en los rebaños que nos están confiados; pero si en el ejercicio pretendiéramos obrar con independenciam de la Autoridad Pontificia, separados del centro de unidad y constituidos en la mas lamentable situacion, no podríamos ejercer la potestad jurisdiccional, careciendo de esta por falta de mision.

Fuertemente adherido pues al augusto Pontífice que rige la barquilla de Pedro, prevenido estamos para sostener á su lado los mas rudos combates. No sabemos los límites que Dios en sus inescrutables designios habrá señalado á ese furor con

que persiguen al Pontificado sus enemigos ; mas de todos modos tenemos completa confianza y seguridad de que la Divina Providencia le tiene reservado el triunfo mas cumplido , y este glorioso resultado que esperamos, le vemos garantido, no solo por elementos de estabilidad y fuerza indestructibles que forman esa piedra angular del Catolicismo, si que muy principalmente , porque el Todopoderoso visiblemente le protege ; porque Maria declarada pura é inmaculada por sus augustos labios intercede en su favor al pié del Trono del Altísimo, y porque los héroes Cristianos que la Iglesia invoca desde 29 del último Junio , son sus protectores en el cielo.

¿ Parece humanamente concebible que tuviera lugar la solemnidad que Roma con tanta esplendidez ha celebrado , al contemplar los negros nubarrones que amenazaban la Silla de Pedro en los momentos mismos en que su actual sucesor invitaba á los Obispos del Orbe Católico para asistir al Centenario Secular de los Santos Apóstoles ? Mas la mano de Aquel que dirige los corazones de los hombres y hace brillar su divino poder en la conservación prodigiosa del Catolicismo , ha dejado frustrados los proyectos que la soberbia levantaba

para impedir , si posible le fuera , esa solemnidad.

Esto que se presta á consideraciones muy profundas y admirar una vez mas los designios del Altísimo , nos da una prenda muy segura de que tambien se ha de realizar ese Concilio anunciado por nuestro Santo Padre , y que preparará el triunfo de la Iglesia, despues que bajo el peso de sus sábias y contundentes decisiones queden aplastados los errores de los tiempos modernos. La condicion de la Iglesia en este mundo es la lucha continúa é incesante; mas tened, mis amados Diocesanos, la consoladora esperanza de que sostenida sobre el cimiento sólido del Sucesor de Pedro, verá caer á su diestra y siniestra sus enemigos ; vosotros sed en la lid con el error generosos combatientes en favor de la Iglesia, preparad las armas para el combate, esto es, la oracion ; unid vuestros ánimos con una misma fé para rechazar con Santo ardimiento los errores ; unid vuestros corazones con la perfecta caridad ; conservad hácia la Cátedra de Pedro la firme adhesion que siempre habeis tenido. Mucho confiamos en que vuestra fé sabrá hacer subir quilates en medio de los tiempos de prueba en que vivimos. Mucho confiamos en el ejemplo brillante que nos dá la excelsa Reina que ocupa el trono de los Recaredos y

Fernandos. Una Reina que en medio de los dias de agitacion que atravesamos, cifra su gloria en su fé católica; una Reina, que demuestra un marcado interés por el brillo de la Iglesia, y se manifiesta hija sumisa del Padre comun de los fieles, es para la Nacion española en los dias presentes, un favor del cielo y un alto ejemplo que debeis imitar. Nós confiamos que la misteriosa fuerza de la Providencia sostendrá su trono á pesar de las desencadenadas pasiones que en su rededor rugen; que sus hechos de notoria piedad harán su reinado venturoso, y que el hermoso blason de su grandeza moral y prendas estimables será legado al augusto Príncipe de Asturias, y que inspirado por tan buenas lecciones, llegará á ser un Monarca digno del noble pueblo Español renovando la grata memoria de los Alfonsos y Fernandos. Su Santidad que mira con especial distincion á la España, bendice á nuestra Reina cada dia, y esas bendiciones son segura garantía de las bendiciones celestiales. Mereced vosotros participar de ellas, amando tambien la Religion Católica, móvil de toda accion heróica, y haciendo brotar en vuestros corazones ópimos frutos de virtud. Nos, que deseamos que así sea, os damos con toda la ternura mas cariñosa y paternal

nuestra pastoral bendicion en el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

José Luis, *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

LIC. FRANCISCO G. OCHANDO,
Canónigo Secretario.



La precedente alocucion pastoral se leerá por los

